

# ÍNDICE

<i>Proemio</i> de monseñor Josep-Lluís Serrano .....	9
<i>Aproximación filosófica a la hospitalidad</i> , de Francesc Torralba .....	13
<i>El síndrome de Ulises y la hospitalidad</i> , de Joseba Achotegui.....	27
<i>El carisma de la hospitalidad a la luz de las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús</i> , de Joan Orrit i Clotet .....	45

## PROEMIO

### **La hospitalidad: rostro de Dios en la tierra**

En la historia de la salvación, Dios se ha revelado siempre como aquel que se acerca, que entra en la casa del ser humano y la convierte en lugar de encuentro. Desde las páginas del Génesis, donde Abrahán acoge a tres desconocidos bajo la encina de Mambré (Gn 18,1-8), hasta las últimas páginas de la Biblia, donde vemos la proximidad del Dios que quiere sentarse a cenar con quien le abra la puerta (Ap 3,20), la fe bíblica nos enseña que la hospitalidad es más que un gesto moral: es un lenguaje teológico, una forma de hablar de Dios.

El huésped —el extranjero, el necesitado, el diferente— no es un intruso, sino un sacramento de la presencia divina: “No olvidéis la hospitalidad, porque gracias a ella algunos, sin saberlo, acogieron ángeles” (Hb 13,2).

### **La hospitalidad: vocación de la Iglesia**

La Iglesia entera está llamada a vivir esa hospitalidad que nace del corazón de Dios. San Benito, padre de la vida monástica, lo expresaba con palabras que siguen siendo un programa espiritual: “A todos los huéspedes que llegan al monasterio, recíbanlos como Cristo” (Regla 53,1).

Esta misma convicción resuena hoy en la voz de los pastores de la Iglesia. Benedicto XVI recordaba en *Deus caritas*

*est* que el amor al prójimo, arraigado en el amor a Dios, es ante todo un deber para cada fiel, y que la acogida del otro, especialmente de la necesidad, no es una opción, sino una expresión concreta de la fe (cf. núm. 31).

El papa Francisco, en continuidad con esta línea, ha insistido en que la hospitalidad es un signo concreto de amor, una expresión de apertura al diálogo y un testimonio de fraternidad (cf. *Fratelli tutti*, núm. 90). Abrir la puerta es abrir el corazón: es dejar que Dios entre en la historia a través de los rostros concretos que lo habitan.

Y en la exhortación apostólica (cf. *Dilexi te*, núm. 73), el papa León XIV nos invita a acoger y a optar de manera preferencial por los más pobres. La experiencia de la migración acompaña a la historia del pueblo de Dios. Por eso, la Iglesia siempre ha reconocido en los migrantes una presencia viva del Señor, que en el día del juicio dirá a los que estén a su derecha: “Cuando era forastero, me acogisteis” (Mt 25,35). Una vez más la hospitalidad de lo vulnerable es el eje vertebrador de la humanidad.

### **La hospitalidad: una espiritualidad de la puerta abierta**

Vivir la hospitalidad no es tarea fácil. Supone desinstalarse, renunciar al control, aceptar la vulnerabilidad de quien se expone a ser tocado por la vida del otro. Pero es precisamente ahí donde se hace visible el rostro del evangelio. La acogida cristiana no nace del cálculo, sino de la fe en un Dios que se hizo huésped.

Jesús mismo nació en un establo porque María y José no encontraron otro lugar (Lc 2,7) y, en cuanto a su ministerio, dirá que no tenía dónde reclinar la cabeza (Lc 9,58); fue acogido por unos y rechazado por otros. Sin embargo, cada encuentro suyo —con Zaqueo, con Marta y María, con el centurión o con la samaritana— se convirtió en una casa abierta donde la salvación entraba a permanecer.

Por eso, la hospitalidad no es un acto puntual, sino una manera de ser. Es liturgia de lo cotidiano, oración encarnada en la escucha, mesa que prolonga la eucaristía en la vida.

### **Un libro fruto de la acogida**

Los textos que forman *El deber de hospitalidad* son fruto de esta tradición de acogida. Nacen de comunidades y corazones que han entendido que el evangelio no se predica solo con palabras, sino también con gestos de comunión. En sus páginas se entretajan oración y poesía, contemplación y acción, memoria y profecía.

Cada texto abre una ventana al misterio de la fraternidad: la palabra se hace casa, la música se convierte en puerta abierta, la contemplación, pan partido para todos. Este libro quiere ser, en sí mismo, un acto de hospitalidad: un espacio en el que creyentes y buscadores puedan detenerse, respirar, encontrarse.

### **Urgell - Andorra: una tierra de acogida**

No olvidemos que nuestra Iglesia de Urgell con el Principado de Andorra, nuestra tierra, con sus montañas y valles, conoce desde hace tiempo la hospitalidad como forma de vivir. Quien sube por sus caminos o atraviesa sus fronteras siente todavía el eco de una tradición de acogida, tejida en torno a las iglesias románicas, los hogares y los refugios que han sido cobijo para los viajeros, para los montañeros, para los deportistas, para los turistas y, por qué no, para los peregrinos.

Esta tierra enseña que la fe no se conserva cerrando puertas, sino abriéndolas; no protegiéndose del otro, sino reconociendo una promesa. El paisaje se convierte así en una metáfora de la fe: montañas que custodian, valles que acogen, silencio que invita a la escucha.

## Conclusión

Deseo que quien lea las páginas de este libro sienta un llamamiento a ensanchar el corazón. Que cada casa, cada comunidad, cada parroquia de nuestra tierra sea signo del Reino que acoge a todos. Porque solo una Iglesia hospitalaria puede hablar con credibilidad del Dios que se hizo huésped en medio de nosotros, Emmanuel que habita en medio de su pueblo.

Que este libro sea, pues, una mesa parada en las montañas, donde el silencio y la palabra se encuentren, y donde cada lector, cada lectora, pueda descubrir —quizás sin saberlo— que en la hospitalidad se revela el mismo rostro de Dios.

✠ JOSEP-LLUÍS SERRANO

Obispo de Urgell

# APROXIMACIÓN FILOSÓFICA A LA HOSPITALIDAD

Francesc Torralba

Empecemos con una primera definición, susceptible de una significativa ampliación conceptual: *la hospitalidad consiste en acoger al otro extraño y vulnerable en la propia casa*. No hay hospitalidad sin acogida, aunque la acogida puede efectuarse de modos muy distintos; esta admite una pluralidad de formas.<sup>1</sup>

En el lenguaje cotidiano decimos de alguien que es hospitalario cuando ejerce la capacidad de acoger a otro ser humano en su círculo íntimo, en el cerco de su privacidad. El hecho de acoger a otro en la plaza pública, en el ágora o en un espacio impersonal, no puede identificarse, de ningún modo, con el valor de la hospitalidad.

La acogida requiere cobijo, techo, un lugar simbólico y afectivo. No hay acogida en la intemperie, en tierra de nadie. Decimos de alguien que es hospitalario cuando nos invita a entrar en *su casa* y nos acoge en ella. La cursiva de *su casa* no es nada tangencial, pues solo se practica la hospitalidad cuando se produce una fisura en el espacio privado, y ello supone una cierta permeabilidad entre lo exterior y lo interior.

1. Hemos desarrollado exhaustivamente la noción de hospitalidad en: *Sobre la hospitalidad. Extraños y vulnerables como tú*, PPC, Madrid, 2003, p. 206 y *“No olvidéis la hospitalidad” (Heb 13, 2). Una exploración teológica*, PPC, Madrid, 2004, p. 190.

En el fondo, la hospitalidad se construye sobre una base implícita de confianza, y por ello se puede definir como una relación fiduciaria entre el huésped y el anfitrión, como un pacto invisible. El anfitrión se fía del huésped, de su persona, y de sus actos. De otro modo no le invitaría a entrar en su casa; pero el huésped también se fía del anfitrión, confía que el anfitrión le va a acoger dignamente y le va a dar techo y cobijo.

El sujeto extraño y vulnerable se convierte, gracias a la práctica de la acogida, en huésped. Esta metamorfosis solo es posible si el anfitrión fija su atención en él y le abre las puertas de su casa. Entonces el huésped pisa un terreno privado, un mundo simbólico y afectivo determinado, que tiene sus reglas y su lógica.

El anfitrión *se expone* al huésped, se muestra tal como es, le ofrece su casa y lo que hay en ella para que el huésped se sienta cómodo. Lo más relevante de su casa no son los objetos que hay en ella, sino los sujetos que forman el entramado afectivo del mundo del anfitrión. En esta transgresión deseada de la propia intimidad hay algo de violento, pero también de atractivo.

Acoger al huésped en otra casa, distinta de la mía, no es propiamente hospitalidad. Lo puede ser, pero de un modo analógico.

Uno de los arquetipos bíblicos que expresa de un modo más enfático el valor de la hospitalidad es Abrahán, que recibe en su propia tienda a tres extranjeros que pasan por delante de ella. Abrahán les observa desde la puerta y les invita a entrar en su casa para compartir con ellos sus cosas.

La hospitalidad consiste en acoger a un individuo que no forma parte de *mi* universo personal, pero que además es vulnerable psicológica, somática, social, económica y espiritualmente. La vulnerabilidad se relaciona estrechamente con el deseo de tener casa, pues la casa representa un lugar de protección de la vulnerabilidad, y cuando uno se siente realmente indefenso desea, más que nunca, estar en su casa.

Cuando más sentimos nostalgia de nuestra casa es cuando estamos atravesando una circunstancia vulnerable (“si pudiera estar en casa...”; “si pudiera irme a casa estas vacaciones...”). Cuanto más grave es la experiencia de vulnerabilidad, más nostalgia se tiene del hogar.

La finalidad de una institución hospitalaria consiste en paliar estas formas de vulnerabilidad. Tiene la función de suplir el propio hogar cuando la vulnerabilidad es grave o extrema.

Si la hospitalidad se refiere a la capacidad de acoger en el propio lugar al extraño e indefenso, el gran reto consiste en detectar los grupos vulnerables. Para ser hospitalario se presupone capacidad de recepción. Quien no tiene sensibilidad no puede serlo, porque no se da cuenta de que hay grupos vulnerables que requieren atención y receptividad. Por eso, la hospitalidad, en lugar de ser un concepto estático, es una noción dinámica que obliga a la salida fuera de la institución para estar atento a los grupos vulnerables.

La *salida hacia el otro* tiene más valor ético que la *espera del otro*. Cuando nos sentimos vulnerables agradecemos mucho más la salida del otro que su espera. La hospitalidad es la salida del propio lugar para buscar al otro extraño vulnerable y acogerlo. No consiste en esperar a que el otro venga, sino en salir hacia él, y eso exige concreción y permeabilidad. Cuando una institución está amurallada, cerrada en una especie de autismo respecto al exterior, no puede practicar la hospitalidad, porque le falta capacidad de recepción.

Acoger es una práctica que requiere, antes que nada, el reconocimiento del otro, de su existencia, de su dignidad y de sus necesidades. No puede haber acogida, ni siquiera en un sentido minimalista del término, desde la praxis de la indiferencia. La indiferencia consiste, precisamente, en no detectar la diferencia del otro, en no reconocer, ni siquiera, su existencia en el mundo, su *In-der-Welt-sein*.

La acogida, igual que la compasión, requiere de la práctica de la no indiferencia. Puede definirse como virtud porque

perfecciona a la persona que acoge, conlleva un bien para la persona acogida y, de resultas de todo ello, la *polis* se perfecciona moralmente. Una ciudad es excelente, desde el punto de vista ético, cuando en ella se practica la acogida del otro extraño.

El anfitrión es el sujeto que acoge; el huésped es el sujeto acogido, pero no todo ser humano ha sido educado para ser anfitrión, ni tampoco para ser huésped. El anfitrión no nace por generación espontánea, sino que requiere de un aprendizaje. E igualmente, el huésped debe aceptar unas determinadas normas. La hospitalidad no es puramente un contrato, pero algo hay en ella de contrato implícito. Se puede definir como un contrato invisible, frágil e inesperable, que puede fracturarse por una indebida asunción de deberes.

El respeto a la dignidad del otro es esencial, sea el otro el huésped o el anfitrión. Evidentemente, en cada universo cultural la práctica de la acogida adopta unas formas y unos lenguajes propios, pero difícilmente la hay sin el respeto a la dignidad del otro, a su libertad circunstancial y a su intimidad personal.

Los modos como se encarna la virtud de la acogida son plurales, como lo son las culturas humanas, pero, más allá de estas formas, subyacen unos valores de carácter transversal. En la acogida subsisten, pues, valores isomórficos como el reconocimiento de la dignidad.

Reconocer la dignidad del otro significa partir de la idea de que el otro no es un instrumento, sino un fin en sí mismo, como diría Immanuel Kant, y que debe ser acogido porque es un valor *in se et per se*. La persona no tiene valor por lo que hace o por lo que dice, por lo que deja de hacer o deja de decir, sino que tiene un valor en sí mismo por el mero hecho de ser persona. Tiene lo que se denomina una dignidad intrínseca que no depende de elementos ajenos o volubles con el tiempo.

Todo ser humano es persona y, como tal, tiene el derecho de ser acogido. La razón de la acogida es, pues, la dignidad de

la persona, dignidad que queda ampliamente reconocida en la *Declaración Universal de los Derechos del Hombre* (1948).

La auténtica hospitalidad se funda en el reconocimiento de la dignidad del otro. Se le acoge porque tiene valor en sí, porque merece ser acogido, y lo merece por el único hecho de *ser* persona, es decir, de ser un sujeto *capax libertatis*. La acogida que obedece a otras finalidades, como pudieran ser la instrumentalización o la mercantilización, no puede considerarse, *stricto sensu* una auténtica acogida.

En el plano social y político, algunas estrategias de acogida al extranjero se fundan en una razón meramente instrumental, pues se le recibe porque el otro puede ser rentable para la comunidad de acogida y para sus intereses.

La hospitalidad alcanza sus más altas cotas de perfección cuando en ella coinciden la *recta intentio* y el *recto modo*. La recta intención es la que se funda en la dignidad del otro, y el *recto modo* es el que se ejerce de un modo equitativo sin sucumbir a ninguna forma de clasismo o elitismo.

El acto de recibir debe ser, por definición, universal, aunque evidentemente no siempre es posible. La casa de acogida es vulnerable y debe preservarse un cierto orden en ella para que pueda cumplir su función de protección.

La acogida requiere del respeto a la dignidad del otro, pero también del reconocimiento empático de sus necesidades. El otro, antes de ser aceptado, aparece en el horizonte como *infirmus*, como alguien vulnerable que requiere de protección. La acogida se practica entre sujetos que no están situados de un modo simétrico en el espacio y el tiempo. No se trata, pues, de una relación de equidad entre dos personas que padecen una experiencia pareja, sino todo lo contrario.

La acogida se da en un plano asimétrico. El huésped padece necesidades, y el anfitrión lo acoge en su hogar para paliar, en la medida que pueda, esas necesidades. Sin embargo, el anfitrión, como ser humano, también padece necesidades, pero él dispone de un hogar, de un ámbito de protección (también vulnerable) que se dispone a ofrecer al otro.

© Francesc Torralba Roselló, Joseba Achotegui, Joan Orrit i Clotet, 2026

© del proemio: Josep-Lluís Serrano, 2026

© de esta edición: Milenio Publicaciones SL, 2026

Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)

[www.edmilenio.com](http://www.edmilenio.com)

[editorial@edmilenio.com](mailto:editorial@edmilenio.com)

Primera edición: mayo de 2026

ISBN: 979-13-991354-7-3

DL: L 458-2026

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL

[www.bobala.cat](http://www.bobala.cat)

*Printed in Spain*

Papel certificado por el Forest Stewardship Council®



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <[www.cedro.org](http://www.cedro.org)>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.